

Resumen

Nuestra Independencia fue producto de la lucha extranjera, fue la suma de fuerza, valor, talento militar y patriotismo del ejército venezolano; pero la independencia fue también el deseo de un proceso emancipador. El artículo expone este proceso en cuatro partes: primero, la iconografía de sus antecedentes; segundo, ahonda la disputa entre constitucionales y caudillos; tercero, ilustra la formación de nuestros Ejércitos Nacionales y termina con las nuevas representaciones políticas que entablaron el vínculo entre la formación militar y la afirmación nacional de los pueblos. De ahí que se pueda argumentar que nuestra historia de emancipación se debate entre montoneras de caudillos a Ejércitos Nacionales en la América Andina.

Palabras Clave

Independencia, caudillos, Ejércitos Nacionales, montoneros, formación militar.

Abstract

Our Independence was the product of foreign struggle, combined forces, courage, military talent, and patriotism of the Venezuelan army; but Independence was also the desire of an emancipatory process in four parts: firstly, the iconography of the background, secondly, it describes the dispute between constitutionalists and leaders in detail; thirdly, it illustrates the training of our National Armies and finally, it shows the new political representations that started the bond between military training and the national affirmation of the towns. Consequently, it can be argued that our history of emancipation happened between hordes of guerrilla leaders and the national armies of Andean America.

Keywords

Independence, leaders, national armies, guerrillas, military education.

De montoneras de caudillos a Ejércitos Nacionales en América Andina¹

Adolfo León Atehortúa Cruz²

Introducción

Las guerras por la Independencia en América Latina no dejaron como legado la formación de ejércitos nacionales poderosos y centralizados. Aunque Alain Rouquié considera que, tras la expulsión de España las nuevas repúblicas quedaron con ejército pero no con Estado³, en realidad poco hubo de ambos.

En primer lugar, la génesis de los Estados en América Latina sigue un proceso acerca del cual es preciso discutir diversas hipótesis teóricas. Es claro que no se trata de Estados propiamente *nacionales*, en el sentido estricto de la palabra. La identidad lingüística, religiosa y simbólica no alcanza los términos de *Nación-Estado* a principios del siglo XIX, y en muchos países, la calidad pluriétnica y multicultural de sus habitantes solo fue reconocida en la alborada del tercer milenio. Con respecto a los ejércitos heredados, en segundo lugar, valdría la pena preguntarse: ¿qué tipo de ejércitos? ¿Embriones nacionales de profesionalización o montoneras de caudillos?

La respuesta, en nuestro criterio, pasa por la periodización como recurso hermenéutico y didáctico para facilitar la comprensión de los procesos históricos. De esta manera, como hipótesis orientadora, planteamos que con respecto a los ejércitos en el sur del continente americano existen dos momentos claramente diferenciados: aquel que podemos denominar de “fundación” y que corresponde a los ejércitos de independencia, y aquel que podemos llamar “republicano” o “nacional” y que coincide, por lo general, con propósitos definidos en la construcción del Estado-Nación. Y, entre ellos, un período de transición representado por la lucha de los ejércitos de independencia para subsistir y los caudillos y confrontaciones civiles que terminan socavándolos. Sobre estos tres períodos versará nuestro ensayo, con un momento final: la afirmación del carácter nacional a través de la influencia prusiana.

¹ Ensayo recibido el 11 de agosto del 2010, evaluado el 12 de noviembre 2010 y arbitrado 20 de diciembre 2010.

² Profesor titular del Departamento de Ciencias Sociales. Universidad Pedagógica Nacional de Colombia. Correo electrónico: adolfoatehortua@cable.net.co

³ Alain Rouquié, *L'état militaire en Amérique Latine*, Paris: Seuil, 1982, pp. 59-60.

1. Antecedentes. Ejércitos de Independencia

En la América de habla castellana, hace doscientos años, la aristocracia criolla encabezó por doquier un movimiento emancipador que dio al traste con tres siglos de dominio colonial. Los “cabildos abiertos” y las llamadas “juntas de independencia” florecieron a lo largo y ancho del continente subyugado por España. Pero, indecisas frente a la independencia y enredadas en sus propias contradicciones internas, las élites civiles no soportaron con sus débiles administraciones el embate hispano por la reconquista y cedieron el lugar más importante de la lucha a sus nacientes ejércitos o a los alzados en armas.

Colombia, al igual que Ecuador, Perú y Bolivia no tuvo, un Ejército propio para la Independencia. Los dirigentes civiles de la Nueva Granada, forjados en su concepción aristotélica, inspirados en su carácter cívico y educados en la regencia borbónica bajo valores burocráticos y legales, no comprendieron, desde los tiempos de la llamada “Patria Boba” (1810-1814), la importancia vital de la preparación militar para enfrentar la arremetida externa. Las milicias con que en algún momento intentaron organizar la resistencia, no estaban tampoco preparadas para una guerra de verdad. Lejos de experticia en el combate, la oficialidad detentaba simples sinecuras de pergamino que el andamiaje colonial les obsequiaba. Antes que decidirse por la guerra, algunos de los más ilustres granadinos, como Camilo Torres y el sabio Francisco José de Caldas, marcharon inocentes, engañados y abatidos al patíbulo⁴.

El Ejército que selló el triunfo granadino contra el dominio español en la Batalla de Boyacá (1819), fue un ejército forjado en las llanuras del Apure y en la región Orinoquia de la lejana Angostura. Su construcción se gestó gracias a la reconquista española que empujó a los criollos de esa región a protegerse y reagruparse en remotos territorios del dominio colonial. Allí empezó una guerra irregular basada en el apoyo de la población parda y mestiza, que la encumbrada élite granadina miró con desdén pero forzosa aceptación. Oficiales como Páez, Flores o Sucre, no pertenecían siquiera a la casta de mantuanos más distinguida de Caracas o de Coro⁵. Las tropas no eran resultado de una leva en territorios de clientela o hacienda: adustos llaneros semejantes en su aspecto a los huasos de Chile o a los gauchos argentinos; esclavos reclutados a cambio de la libertad, labradores o desocupados atraídos por el botín que ofrecía la guerra, aventureros ansiosos del éxito y la recompensa.

⁴ La élite venezolana estuvo más cerca de las armas. Francisco Miranda se alistó con el ejército de Washington y sirvió como oficial en el ejército de Napoleón. De hecho, es el único latinoamericano cuyo nombre aparece estampado por la gloria en el Arco del Triunfo que abre los Campos Eliseos de París. Bolívar fue a la Escuela Militar en la propia España y se recibió como teniente. Con cierta visión política y aún antes de que Napoleón abandonara la ocupación ibérica, los venezolanos pensaban ya en la proximidad de la guerra.

⁵ José Antonio Páez nació en Curpa y su padre era un modesto funcionario del estanco del tabaco; Juan José Flores era originario de Puerto Cabello y su padre un comerciante español; Antonio José de Sucre era natural de Cumaná y su padre militar.

El Ejército Libertador no fue un ejército cualquiera. Ante la incompreensión absoluta del aristócrata santafereño que no quiso ir a las armas, los pardos y los negros venezolanos reclamaron con su heroísmo su rápida promoción como oficiales y ciudadanos. El Ejército se convirtió en eficaz herramienta de transformación y movilidad social. La adopción de la táctica guerrillera con la alta participación de la caballería, colocó en primer lugar la jerarquía de los combates; el valor, el talento militar y el patriotismo, por encima de cualquier distinción de clase o casta⁶.

Pero no solo ello. El Ejército se liberó de las “antiguas obediencias estatales y locales como de la estructura social colonial por la promoción de minorías étnicas”⁷. El Ejército se constituyó en la “prefiguración concreta y cuna de los valores constitutivos de la República: igualdad, virtud y libertad. Se impuso la reducción del pueblo al Ejército y la equivalencia entre la comunidad combatiente”⁸. Por esa razón, los altos mandos no fueron tampoco granadinos. La significativa excepción de Francisco de Paula Santander, nacido en el límite de Colombia con Venezuela, fue a la sazón advertida por Bolívar para realzar la participación de sus aliados en la frontera y en el cruce por el Páramo de Pisba.

Durante la guerra por la Independencia, la soberanía se traspasó al Ejército en Venezuela y fue este quien instauró al Primer Congreso Constitucional realizado en Angostura. Pero en la Nueva Granada y en la naciente Gran Colombia, no fue el ejército el elector del Congreso de Cúcuta (1821) ni menos aún el constituyente en la frustrada Convención de Ocaña (1828). Por el contrario, el propio Bolívar, máximo comandante del Ejército, no pudo presentarse con la autoridad fundacional que merecía y adoptó incluso una posición de súplica o desconsuelo frente a dichos eventos.

Fallecido el Libertador, la depuración del Ejército de Independencia fue total. En 1832, más de 200 oficiales bolivarianos fueron llamados a calificar servicios. Derrotada la conspiración de Sardá (1833), quien protestaba por el hecho y pretendía derrocar a Santander, las medidas se tornaron aún más drásticas. El ejército fue reducido a su mínima expresión y se le arrebataron importantes funciones en la vida nacional.

Al tiempo que la élite civil consolidaba su hegemonía en lo político y lo social, la acción del ejército pasó al servicio de correspondencia y a la vigilancia de prisiones. Su presupuesto se redujo a la miseria, los salarios de los oficiales descendieron

⁶ Véase, Clément Thibaud, *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá: Planeta, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2003. Testimonios sobre el desprecio que los criollos granadinos compartían contra el ejército bolivariano pueden observarse en: Miguel Acosta Saignes, *Acción y utopía del hombre de las dificultades*, La Habana: Casa de las Américas, 1977. Así mismo, Gerhard Masur, *Simón Bolívar, Albuquerque*: Universidad de Nuevo México, 1948.

⁷ Clément Thibaud, “La república es un campo de batalla en donde no se oye otra voz que la del General. El Ejército bolivariano como ‘cuerpo-nación’ (Venezuela y Nueva Granada, 1810-1830)”. En, Juan Ortiz Escamilla, *Fuerzas Militares en Iberoamérica, siglos XVIII y XIX* México: El Colegio de México, 2005. p. 162.

⁸ *Ibidem*.

a más de la mitad para forzar el regreso de los venezolanos a su país; se eliminó el fuero militar y se inició un reclutamiento que buscaba entre vagos, desocupados y enfermos mentales, a los nuevos soldados.

Esta situación fue bastante diferente a la chilena. Diego Portales (1830) sometió al ejército de independencia pero no le negó su carácter, no buscó su aniquilamiento. Por el contrario, le otorgó un rol fundamental en la lucha por la expansión territorial y la soberanía, lo convirtió en pilar del orden político e institucional.

En Chile, vale detenernos, la emancipación se inició como en Colombia o Ecuador a partir de la élite civil santiaguina representada en el Cabildo Abierto del 18 de septiembre de 1810, que citó el Primer Congreso Nacional para 1811. En ambas instancias primaron los patriotas moderados que deseaban reformas sin romper con la metrópoli y su rey. La indecisión fue aprovechada por José Miguel Carrera, quien clausuró por las armas el Congreso y tomó el poder para declarar la independencia absoluta. La reacción de la corona se expresó en el envío de una expedición militar que en 1814 derrotó a los patriotas en Rancagua pero enfrentó la resistencia del ejército de Bernardo O'Higgins hasta su victoria definitiva en Maipú (1818).

Aunque las fuerzas armadas se convierten en el único poder capaz de ejercer la soberanía, la aristocracia civil no perdió su ascendencia. Por el contrario, mantuvo su influencia con la abdicación de O'Higgins y abrió paso a la disputa política entre sus sucesores. Más temprano que en los demás países suramericanos, Diego Portales, ministro de José Joaquín Prieto (1830), depuró y redujo al Ejército sin contemplaciones, creó la Guardia Cívica para contrarrestar el caudillismo, reformó la carrera de las armas, y arrastró a los militares a una confrontación internacional contra la confederación Perú-Boliviana.

El caso de Ecuador guarda profundas semejanzas pero también diferencias con el de Colombia. Los gritos de independencia brotaron de cabildos y civiles criollos. Sin embargo, la revuelta patricia se enredó en sus propios conflictos y el ejército realista retomó el poder con una vigorosa represión sobre los dirigentes. En ambos casos, fue el ejército bolivariano -una fuerza extranjera-, quien volvió a retomar la iniciativa después de 1819.

Los victoriosos oficiales de la emancipación lucharon entonces por establecer su control sobre el naciente Estado, pero el resultado no fue igual al colombiano: los criollos de Quito no lograron suprimir el yugo de los militares con el éxito que se atribuye a los santanderistas neogranadinos. Juan José Flores se instaló en el poder con una hueste que alcanzó el prontuario de la satrapía (1830). Los tempranos conflictos con el Perú también lo exigían y el signo de la guerra lo justificó todo.

Las élites civiles quiteñas tampoco tenían la experiencia ni el alcance de las santafereñas. Su vínculo con la administración borbónica fue apenas incipiente y su estructura más parroquial y menos ilustrada. La afirmación, desde luego, no es peyorativa. Intenta mostrar cómo la debilidad orgánica de las élites criollas en el Ecuador permitió el papel fundacional de los "generales a caballo". La Iglesia no estuvo tampoco en condiciones de oponerse.

Como alternativa, los civiles pretendieron cooptar a los mandos militares a través de las alianzas matrimoniales y comprometieron a sus descendientes en la formación castrense⁹. Los lazos se hicieron más orgánicos y surgió entre civiles y militares un sistema cotidiano de reciprocidades. Los caudillos se abrieron a nuevas cohortes generacionales de militares locales y el orden social se enfrentó al reemplazo con los conflictos entre Flórez, Rocafuerte y Urbina (1830-1860). Este último buscó en la emancipación de los esclavos un expediente de expansión y dominio, pero logró en definitiva la articulación del civilismo con el General Gabriel García Moreno.

En Bolivia, por su parte, si bien existe una historia guerrillera previa al triunfo de Sucre en Ayacucho, se debe a este y a Bolívar la construcción inicial de la República, seguida por una suerte de anarquía entre caudillos que, después de la presidencia de Andrés de Santacruz, comprometió a la Confederación Perú-Boliviana y a la Confederación Argentina. La dirección del Estado estaba por definirse y tuvo que batirse, indistintamente, entre caudillos populistas como Manuel Isidoro Belzú (1848-1855) o el aborrecido Mariano Melgarejo (1864). El caso de Perú, como a continuación se observa, no guarda mucha distancia con los sucesos bolivianos.

2. Constitucionalistas y caudillos

La lucha por la Independencia en el norte suramericano planteó la contradicción de dos vertientes importantes: el constitucionalismo centralista de Bolívar y el caudillismo de las regiones. La tesis es ampliamente desarrollada por John Lynch¹⁰. El caudillo era un jefe regional que obtenía su poder a partir del control sobre los recursos locales. La rígida estructura de la hacienda y de la estancia se traslada a la milicia en forma de bandas armadas de patronos y clientes, unidas por lazos personales de dominación y sumisión y por un deseo común de obtener riqueza por medio de las armas. Las lealtades originales se utilizan en la política y el dominio del caudillo se levanta sobre el vacío de poder que deja la desaparición del Estado colonial en dimensiones no solo locales, sino también nacionales.

Quizás, el hecho más contundente frente a la realidad de los caudillos fue el temprano fusilamiento de Piar por orden de Bolívar (1817), o en Chile, la sentencia de muerte decretada contra los hermanos Carrera por los oficiales de O'Higgins (1818). Pero, por encima de los hechos y de los detalles históricos, la producción historiográfica reconoce hoy, en términos generales, la existencia de una singular contradicción en la lucha por la independencia: el sueño de Bolívar contempló una patria grande; una Nación-Estado con un gobierno central fuerte y un poderoso ejército capaz de institucionalizar la revolución. Los caudillos, por el contrario, no

⁹ Cf. Marie-Danielle Demélas et Yves Saint-Geour, *Jerusalem et Babylone. Politique et religion en Amérique du Sud. L'Équateur, XVIIIe-XIXe siècles*, Paris: Editions recherche sur les civilisations, 1989.

¹⁰ John Lynch, *América Latina, entre colonia y nación*, Barcelona: Crítica, 2001. Capítulo 8: Bolívar y los caudillos, pp. 247-290.

solo carecieron de un concepto nacional de la guerra; en un principio, tampoco lograron asimilarlo para la construcción de un Estado: ni objetiva, ni subjetivamente, las condiciones coloniales de la sociedad lo permitieron.

Probablemente, lo sucedido en Perú luego del triunfo en Ayacucho, sea la más clara muestra de la real situación hispanoamericana y del peso histórico de los caudillos. Los seguidores de Bolívar, dispuestos a imponer un Estado central de inspiración liberal, fueron derrotados por distintos jefes militares de origen peruano. Sin embargo, lejos de construir su propio modelo, los jefes se enfrentaron entre sí y declararon la guerra a las vecinas naciones bolivarianas. Las fuerzas peruanas invadieron, pero su territorio también fue invadido. La desarticulación de la economía, divergencias de intereses entre el norte y el sur, el interior y la costa; dispersión de poderes y persistencia de movimientos políticos sobre bases regionales, impulsaron a los caudillos a los primeros planos de la escena política¹¹. La discusión de la política aduanera, los intereses británicos por establecer el libre comercio y el proteccionismo que reclamaron los productores nativos para protegerse de la avalancha textil inglesa, inflamaron la contienda. Los grupos de intereses, el regionalismo y la lealtad personal se convirtieron en factores claves del poder político y, en este contexto, los hombres de acción apoyados por sus seguidores armados, disputaron y dominaron el gobierno¹².

Entre docenas de caudillos, el cuzqueño Agustín Gamarra logró controlar el ejecutivo en medio de insurrecciones y movimientos separatistas. No obstante, las guerras civiles se desataron y el poder sobre la capital transitó entre diversas manos y ocupaciones. El incipiente Estado peruano sucumbió a la desintegración y se convirtió en escenario bélico desde 1829 hasta 1845 cuando el General Ramón Castilla, apoyado por un pacto entre caudillos regionales, logró establecer una estructura cuya unidad se fundó en el advenimiento de la era del guano y el desarrollo de las actividades comerciales en el marco de las instituciones del Estado¹³.

¹¹ Lucie Bullick. *Pouvoir militaire et société au Pérou aux XIXe et XXe siècles*. Paris: Publications de la Sorbonne, 1999, p. 30.

¹² Heraclio Bonilla, "Perú y Bolivia", en Leslie Bethell, ed, *Historia de América Latina*, Volumen 6, América Latina Independiente, 1820-1870, Capítulo 6, pp. 207-208. Igualmente, "Continuidad y cambio en la organización política del Estado independiente", en I. Buisson (ed.), *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*, Cologne, 1984.

¹³ Véase, al respecto, Paul Gootenberg, *Caudillos y comerciantes. La formación económica del Estado Peruano. 1820-1860*, Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos, 1997. La historia de Argentina tampoco es distante a la guerra entre caudillos. El destino de Buenos Aires como ciudad nacionalizada desde la cual se abrieran las barreras provinciales al tráfico internacional; la lucha en contrario por la autonomía provincial y la imposición de aduanas para favorecer a las industrias locales, o la oposición a la nacionalización de Buenos Aires y la perpetuidad del monopolio provincial sobre los ingresos aduaneros, dividieron a la naciente Argentina y la enfrascaron en un conflicto interno que culminó su primera etapa con Juan Manuel Rosas, pero se extendió en realidad hasta su caída en 1852 bajo la alianza opositora del General Justo José de Urquiza, apoyado por los gobiernos de Brasil y Uruguay.

Tal como atrás se expresó, la diferencia con Bolivia no es mayor. Las guerras de independencia permitieron el ascenso de oficiales de extracción social modesta, que pasaron a ocupar los primeros lugares de la naciente vida republicana. No existía un ejército nacional y no pretendió organizarse. Los caudillos se tomaron la arena de la política y se abrió paso a una anarquía que terminó por debilitar al país entero hasta convertirlo en presa fácil para la derrota en la Guerra del Pacífico (1879). Aunque la Era del estaño y la Guerra Civil de 1898 significaron un avance para la nación, Bolivia pagó con territorios las derrotas militares en la Guerra del Acre (1903) con Brasil, y en los tratados firmados por la Guerra del Pacífico con Chile.

Volviendo al caso colombiano, el asunto no reside en discutir si la guerra se subordina a la política o la política a la guerra, porque ni la identidad grancolombiana, ni la neogranadina, logran reafirmarse con su desenlace. Simplemente, las relaciones sociales se inscriben en el proceso de conformación de lo político. Es más, la élite granadina no pudo plantearse la guerra como asunto exclusivo de nación porque a duras penas fue consciente de la guerra misma.

Si bien los hacendados granadinos se hicieron generales, antes que su condición de tales primó el carácter ancestral de su posición en las tradicionales esferas productivas. El generalato no era producto de la carrera militar sino adjetivo del poder económico y territorial. Tomás Cipriano de Mosquera y José María Obando, por ejemplo, se fueron a la guerra, primero, para defender la causa de los realistas contra el avance de los patriotas que amenazaban la persistencia de la esclavitud, sus propiedades y su andamiaje de poder. Luego, literalmente derrotados, cambiaron de bando y sirvieron al ejército libertador para garantizar su posición de clase. Sin embargo, no vacilaron en participar de la destrucción del ejército bolivariano para asegurar el control regional y fundar el dominio caciquil. Finalmente, en tanto caudillos, fueron a las guerras civiles más como políticos y hacendados en armas que como militares. El “civilismo” que la élite regional argumentaba para desbaratar al ejército bolivariano, fenecía rápida y abiertamente cuando se trataba de imponer sus montoneras armadas en las luchas fratricidas del siglo XIX.

Dado el marcado carácter regional y caciquil de los dominios detentados por la élite civil, es claro que un ejército de estampa nacional se hallaba opuesto de manera diametral a sus privados intereses. Por eso, se negaron a impulsarlo cuando ocuparon el centro del poder después de 1830. Las esporádicas montoneras regionales que les permitían disputar la supremacía política con sus partidos, parecían suficientes, más funcionales y menos peligrosas. Así se demostró en 1854 cuando cuatro generales: Herrán, Mosquera, López y Herrera, armaron ejércitos improvisados para atacar con catorce mil hombres al millar que defendía la capital con el General José María Melo a la cabeza. Como sostiene Álvaro Tirado Mejía, esta experiencia de ejércitos particulares era propicia para desarrollar las ideas civilistas: el ejército central fue reducido a 588 hombres en 1855, y poco después a 373 uni-

dades¹⁴. Lo que quedaba del Ejército de Independencia murió con la insurrección finalmente abortada de José María Melo.

Algo similar sucedió en Venezuela. Luego de la Guerra Federal que enfrentó a liberales y conservadores entre 1859-1863 y que culminó con la derrota del ejército patriota encabezado por José Antonio Páez a manos de Ezequiel Zamora y Juan Crisóstomo Falcón, la institución castrense se debilitó al extremo, se disolvió por completo y se abrió el paso a bandas civiles armadas conducidas por caudillos provinciales que se transformaron en jefes políticos, presidentes de Estados federados y dueños de tierras.

3. Ejércitos Nacionales

A diferencia de Chile o de Brasil, como veremos, en Colombia no es fácil encontrar continuidad entre el Ejército de Independencia y el posterior Ejército Nacional. La línea general del devenir militar colombiano guarda más relación con aquella de Ecuador. Como se dijo, los restos del ejército bolivariano se jugaron su existencia con el golpe del General José María Melo (1854) y la perdieron. Las montoneras regionales, los ejércitos particulares y de partido, suprimieron con las guerras civiles la posibilidad de un auténtico ejército nacional que solo fue retomado como ideal por el proyecto regenerador de Rafael Núñez (1886), y materializado en el quinquenio de Rafael Reyes (1905-1909).

No obstante, fue el prolongado desenlace de la Guerra de los Mil Días (1898-1900), la pérdida de Panamá (1903) y las repetidas incursiones peruanas en territorio colombiano (1905), los hechos que a principios del siglo XX trazaron la tarea inaplazable de construir un Ejército Nacional. Pero no solo ello, la madurez económica y política que el Estado central obtenía, exigió por otra parte la realización de la propuesta. En la alborada del siglo XX, el ejército era ya un elemento necesario y fundamental para la formación del Estado-Nación; un factor clave para la configuración de este modelo estatal y no una consecuencia.

La perspectiva política de Rafael Núñez en Colombia puede compararse hasta cierto punto con la de Gabriel García Moreno en Ecuador (1859-1865 y 1869-1875). Uno y otro intentaron eliminar la creciente presencia de los ejércitos de caudillos en el ámbito nacional y centralizar en el Estado el monopolio de la fuerza. Sin embargo, las circunstancias de ambos países son diferentes. García Moreno pretendió alcanzar el control civil con un proyecto universalista y centralizador al estilo de Portales en Chile, pero descuidó el papel de lo militar y lo desdobló al campo de

¹⁴ Álvaro Tirado Mejía, "El Estado y la política en el siglo XIX", en Nueva Historia de Colombia, Volumen 2, Capítulo 4, Bogotá, Planeta, 1989. pp. 173 y 174. La concepción de un Estado Federal tenía que oponerse a la perspectiva de un fuerte ejército central. Tal fue la observación de Alexis de Tocqueville con respecto a Norteamérica: un ejército numeroso es siempre el germen de un grave peligro. La mejor manera de contrarrestarlo será, entonces, reducir el tamaño del ejército.

lo religioso en defensa de lo cristiano y de la Iglesia. García Moreno fue el primer dirigente político nacional con capacidad para restablecer la paz social, disciplinar y reducir a los militares, fundir su identidad con la religiosa, eliminar sobre ellos la influencia caudillista y fundar las bases del Estado sobre la premisa del cesarismo civil, el iluminismo del clero y la alianza entre el liberalismo modernizante de Guayaquil y el patriciado serrano de Quito y Cuenca¹⁵.

Más pragmático y estadista, Rafael Núñez aspiró a construir un Estado Nacional que, en su lucha contra las vertientes radicales de la oposición, precisara el uso centralizado de la fuerza. En este sentido, lo militar fue asumido como garantía de paz en un país cuyas manecillas giraban cada vez más hacia la hegemonía conservadora. Frente a ambos proyectos se levantó en armas un liberalismo radical que triunfó en Ecuador con la revolución de Eloy Alfaro (1895) pero fue derrotado en Colombia durante la Guerra de los Mil Días (1898-1900). García Moreno había impedido a las élites civiles regionales controlar sus propias fuerzas e intentó subordinar todo lo militar frente a la Iglesia y su persona. Núñez, por el contrario, reclamó la solidaridad de las élites regionales y construyó bajo su égida un ejército de reserva que fundió con el gubernamental bajo el pretendido carácter nacional.

Luego de Núñez, el presidente Rafael Reyes estuvo dispuesto a adelantar una Reforma Militar como propósito de su mandato. Desmontó el voluminoso y politizado ejército que el país heredó de las guerras civiles del siglo XIX, procuró recuperar el monopolio del Estado sobre las armas, cambió la distribución orgánica y administrativa del Ejército y dedicó parte de él a las obras públicas con el objeto de justificar su presupuesto y acercarlo a la nación. Su decisión más importante se dirigió a la creación de la Escuela de Cadetes.

En Ecuador, es cierto, la profesionalidad de los militares se planteó con claridad tras la victoria de la revolución liberal. Fue Eloy Alfaro quien se propuso la construcción de un Ejército Nacional y contrató para ello a las Misiones Chilenas. Pero ese fue también su “*inri*”: las Fuerzas Armadas fueron vistas como “brazo armado” del liberalismo guayaquileño y no como símbolo de la nación. Tal como sucedió con el Ejército de Independencia, el Gobierno Civil no pudo organizarse sin el concurso de los militares. El dominio civil coexistió con la presencia militar siempre dispuesta al retorno en los puntos álgidos de ciertas coyunturas. Por esa razón, con relativa autonomía, las Fuerzas Armadas estuvieron dispuestas a inclinar la balanza de los competidores civiles en las primeras décadas del siglo XX ecuatoriano.

Correspondió al General Leonidas Plaza en su segunda administración (1912-1916), el desarrollo de una política que acercara a los militares con los conservadores andinos: volvieron las alianzas dinásticas que restauraron las heridas del conflicto y se abrió paso al populismo. Sin embargo, el Estado liberal perdió su base con

¹⁵ Véase Fernando Bustamante. Revisión histórica comparativa del temprano desarrollo institucional de las Fuerzas Armadas del Ecuador y Colombia. Documento de Trabajo. Programa Flacso Chile, No. 395, enero de 1989.

la crisis económica y las Fuerzas Armadas se sintieron autorizadas para asomarse a la política con un golpe institucional. Aunque el orden civil fracasó en su intento por consolidarse frente a un poder militar que irrumpió con la llamada “Revolución Juliana” (1925), esta no pudo asumir su propio programa y cedió el paso de nuevo a los civiles, como si se tratara de una “pausa moderadora” al mejor estilo de los militares brasileños.

En Brasil, en efecto, la historia del país y del ejército distingue también dos fases: de 1889 a 1930 o “primera época de la República”, y de 1930 en adelante o “segunda época”¹⁶. En la primera, la profesionalización militar se enfrenta en forma desapacible a las fuerzas tradicionales del regionalismo caciquil y patricio que se hereda del Imperio, en tanto que, en la segunda, la profesionalización intenta colocarse al lado de un Estado nacional y moderno que sienta sus bases transformadoras.

En una y otra, el papel del Ejército es indiscutible. En 1889, los uniformados derribaron a la monarquía y la reemplazaron. Fueron fundadoras de la República. Aunque esperado, el hecho tomó por sorpresa a la sociedad entera. Sin embargo, los militares no estaban preparados para ejercer el mando. Empezaron a aparecer en la política a partir de 1870 -al terminar la guerra con Paraguay-, pero pasaron a un segundo plano en medio de sus contradicciones internas, de su escasa capacidad para el gobierno y de la llamada “revolución federalista” (1893-1895).

A diferencia de los países bolivarianos o de Chile, donde el ejército fue posterior y externo a las intenciones de los civiles por la independencia y en donde la profesionalización fue concebida por la cabeza civil de un Estado nacional en ciernes que ha desaparecido o controlado al ejército, en Brasil el ejército fue anterior a la República. Es más, dio el paso inicial para crearla. Los militares tutelaron a la monarquía e interiorizaron un papel moderador en las postrimerías de la época imperial. Por esa razón, su relación con los civiles adquirió la forma de un poder ecuaníme frente a la pluralidad regional y productiva: representaron la unidad del Estado y la equidad de la Nación. Asumieron un papel ascendiente sobre los civiles que ellos mismos aceptaron y solicitaron frente a la crónica inestabilidad del régimen político.

El “tenientismo” de 1922 expresó el surgimiento de una nueva y joven élite militar descontenta frente a un ejército anacrónico incapaz de castigar la corrupción del cacicazgo regional y de asumir la renovación de las instituciones públicas. Los militares apoyaron el “Estado Novo” de Getulio Vargas y sus proyectos de modernización e industrialización. Jugaron, a partir de esta coyuntura, un papel “moderador” sobre la crónica inestabilidad del sistema político. Derrocaron gobiernos sin asumir en ningún caso el poder y se movilizaron en función del “progreso” del país¹⁷. Inmersos en este proceso, desarrollaron una sofisticada ideología corporativa que fundamentó a la doctrina de Seguridad Nacional y los decidió a dirigir el Estado por encima de los civiles a partir de 1964.

¹⁶ Francisco Iglesias. Breve historia contemporánea del Brasil. México: FCE, 1994.

¹⁷ Véase Alfred Stepan. Brasil: los militares y la política. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1971.

Con respecto a Chile, para hablar de Ejército Nacional es imperioso volver a la época de Portales. Su concepto de orden y de estabilidad republicana, su idea de gobierno civil contra la corrupción y la personalización de las funciones del Estado, su visión de un ejército obediente al poder político, constituyen la alborada de una profesionalidad militar que se mide en dos consecutivas confrontaciones internacionales, que enfrenta las persistentes amenazas araucana y argentina y que busca, después de la Guerra del Pacífico, el incremento de su capacidad con las misiones alemanas bajo los nuevos conceptos de nación y “patria”.

El proceso de profesionalización se inició, entonces, en 1880 a instancias de un Estado de corte “portaliano” en donde el ejecutivo civil garantizó su control sobre las Fuerzas Armadas. Aprestigiado por los triunfos internacionales en dos consecutivas guerras contra Perú y Bolivia, el ejército sufrió, sin embargo, una importante derrota al apoyar al presidente Balmaceda en la Guerra Civil de 1891 que culminó con el suicidio del primer mandatario. El sistema parlamentario que se impuso sobre el Estado centralista no dejó contentos a muchos militares. Aunque el asesor alemán Emil Körner abandonó el bando de Balmaceda para pasarse al parlamentarista, la concepción prusiana del Estado fuerte y centralizado se opuso a la realidad chilena de gabinetes ministeriales efímeros y preponderancia del clientelismo: la fundación profesional del ejército en Chile corresponde a un poder que se extingue antes de que aquella se concrete.

Si bien la profesionalidad surgió como necesidad del Estado chileno ante el peligro real de la confrontación externa, no estuvo exenta de contradicciones. El proceso de profesionalización de los militares chilenos se bate en forma decidida contra las constantes influencias del Congreso y los partidos, contra la amenaza de encontrar institucionalizada la política en su seno y contra el dominio inesperado de una clase oligárquica que encuentran ridícula y perniciosa.

El sistema clientelar de gobiernos y partidos se enfrentó con la racionalidad y burocratización que el ejército propuso bajo la influencia del espíritu prusiano. La profesionalidad se forjó en el repudio a la élite gobernante, a los partidos y a los políticos, que los militares asumieron como ajenos a la realidad y a las necesidades del país. Dicha situación desembocó en el golpe militar de la oficialidad media -al estilo “tenientista” del Brasil- en 1923, prosiguió con el gobierno del General Ibáñez en 1927 y culminó con breves y confusos golpes militares entre 1931 y 1932. En adelante, el ejército volvió a sus cuarteles hasta el golpe contra Allende en 1973.

4. La formación militar y la afirmación nacional se consolidan. La influencia prusiana

Un aspecto importante que ayuda a definir el carácter nacional de los ejércitos de América Latina, reside en la influencia prusiana. Ella se inició en 1885 cuando Chile contrató a un instructor alemán para coordinar la instrucción de sus oficiales y la formación militar de sus tropas. El país austral se encontraba en un período de

prosperidad económica y de equilibrio político gracias al auge minero y comercial. La transición del Chile conservador al liberal tuvo inicio con una Guerra Civil en la que liberales y conservadores de extrema se aliaron contra el Gobierno Conservador aunque progresista de Manuel Montt, elegido en 1851.

Sin embargo, nada favoreció tanto a la presencia liberal como su triunfo en la Guerra del Pacífico a partir de 1879. El ejército chileno entró victorioso a Lima en 1881 y obtuvo como vencedor provechos territoriales sobre las provincias de Tacna, Tarapacá y Arica, así como también la boliviana de Antofagasta. De esta manera, Chile no solo fue protagonista de una victoria militar que cambió a su favor el equilibrio suramericano y que permitió al ejército encajar en la sociedad como expresión armada de la nación; también se convirtió en gran exportador de salitre y cobre, cuyas divisas garantizaron un arraigo cada vez mayor de las transformaciones liberales¹⁸.

Bajo el gobierno de Santa María, entre 1881 y 1886, Chile comenzó una política de ampliación de las funciones del Estado y un desarrollo sin igual de obras públicas en las regiones ocupadas. Los dirigentes chilenos albergaban el temor de una revancha peruana, pero vislumbraban también la posibilidad de conflictos con Argentina y graves disturbios en la Araucanía. Por estas razones, el Gobierno decidió contratar los servicios del Ejército con mayor prestigio en la Europa del momento; aquel que había ocupado ducados de Dinamarca con el silencio de Inglaterra, que había sometido a Austria ante la mirada atónita de Rusia, y que acababa de derrotar a la Francia de Napoleón III: el ejército prusiano.

En estas condiciones, llegó a Chile el capitán Emil Körner, con la consigna de crear una escuela militar de guerra al estilo de la *Kriegsakademie* prusiana. La formación ideológica de Körner consultaba el respeto al poder, la deificación del Estado y de las clases en que se personificaba la defensa de la propiedad privada y del orden establecido. Como características personales, la puntualidad, la limpieza, la honradez y la abstinencia, hasta convertir la disciplina en “carne y sangre del soldado”¹⁹. El éxito de Körner fue reconocido en 1895, cuando el Gobierno resolvió ampliar el contrato a una misión compuesta por 30 oficiales alemanes, y se inició una romería de oficiales chilenos rumbo a Alemania.

En 1900, Chile fue el primer país de América Latina en introducir el servicio militar obligatorio basado en el modelo prusiano. La doctrina de “la paz armada”, concepto defendido por Bismarck que llevó a los países europeos a incrementar sus efectivos militares, a la destinación de grandes sumas para la defensa nacional, y que abarrotó los arsenales con ingenios de guerra y municiones, se trasladó en caricatura a los países de América Latina. Perú contestó a Chile con la contratación de una misión francesa en 1896. Paraguay, temeroso de un nuevo conflicto con Argentina, en-

¹⁸ Véase Tulio Halperin. Historia contemporánea de América Latina. Madrid: Alianza Editorial, 1969.

¹⁹ Emil Körner. Die historische entwicklung der chilenischen wehrkraft. Berlin, 1910. La traducción al español y comentarios sobre la obra pueden observarse en: Patricio Quiroga y Carlos Maldonado. El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas. Santiago: Ediciones Documentas, 1988.

vió sus oficiales a Chile para adelantar cursos de instrucción pues, al fin y al cabo, Chile presentaba disputas fronterizas con Argentina. Poco después, en 1899, una misión de oficiales instructores chilenos salió con destino a Ecuador, potencial enemigo peruano, y otras dos viajaron en 1903 y 1904, respectivamente, a El Salvador y Nicaragua.

La influencia militar prusiana tomó también otros caminos en América Latina. Por temor al rápido crecimiento de la fuerza militar chilena y al desarrollo de una guerra por la Patagonia, Argentina contrató también, en 1899, a instructores alemanes. Bolivia, abandonando a Perú, envió sus oficiales a las Escuelas chilenas hasta que, en 1910, decidió contratar en forma directa a una misión alemana dirigida por el General Kundt.

El influjo del ejército chileno sobre sus congéneres de América Latina creció en forma paulatina. Probablemente y tal como sucedía en Colombia, la opinión de algunos países centroamericanos observaba con disgusto y sospecha las actitudes norteamericanas. Además, el prestigio militar de Chile era considerable. No solo era el nítido vencedor de la guerra del Pacífico y un emblema de la férrea defensa nacional; su Ejército se tenía también como modelo profesional, sin tomar partido político, garantizaba la existencia de la República, su estabilidad interna y el orden; precisamente, una de las necesidades más sentidas de las débiles y nacientes repúblicas del continente hispanoamericano.

Años atrás, en noviembre de 1905, el embajador de Alemania en Chile informó a su gobierno que el embajador de Colombia en Santiago, el General Rafael Uribe Uribe, “reconocía y elogiaba en palabras muy calurosas el potencial bélico del ejército chileno”. Uribe Uribe participó en maniobras chilenas junto a oficiales bolivianos y argentinos, y dos de sus hijos estudiaron en las Escuelas Militar y Naval de Valparaíso. El informe diplomático advirtió que uno de los principales motivos de la política militar chilena, que Alemania compartía, era el aislamiento total de Perú, enemigo de Chile en la Guerra del Pacífico y amigo de las fuerzas armadas francesas. Colombia, potencial enemigo del Perú, contrató Misiones Chilenas a partir de 1907.

El marco de la influencia prusiana en América Latina se cerró con Venezuela. En 1914, el encargado de negocios alemán en Caracas informó a Berlín que, como resultado de las negociaciones adelantadas desde 1911, Venezuela había contratado a oficiales militares chilenos.

Conclusiones

La coyuntura de la Independencia entroncó tardíamente dos grandes movimientos sociales: el de los criollos por la conquista del poder político, la libertad de comercio y el reconocimiento de su condición nacional, y la lucha de los mestizos pobres, esclavos e indígenas para lograr la abolición de los sistemas de castas, de esclavitud y de propiedad sobre la tierra. La guerra produjo nuevas formas de representación republicanas y nuevos sujetos políticos con diversas fuentes de legitimidad. Si bien estos sujetos dirigieron el destino de la guerra, la influencia de lo social invadió con azar toda la revolución. Sin embargo, más allá del triunfo de Ayacucho, las mismas características del Ejército Libertador le impidieron aplicar en la política el imaginario igualitario desencadenado y propuesto por la guerra.

Las Guerras por la Independencia no jugaron el mismo papel que la bibliografía le atribuye a las guerras europeas en la construcción de Estados. Nuestras guerras abrieron el camino pero lo dejaron a merced de la historia. La coerción no quedó en manos de los Ejércitos Libertadores ni pudo ser centralizada o reconstruida como función de Estado. Las guerras tampoco lograron construir transformaciones y desarrollos económicos de gran envergadura. La articulación entre coerción y capital, entre los civiles de la dirección económica y los militares de la guerra, no pudo concretarse a falta de condiciones históricas.

Luego de la Independencia, la confrontación entre caudillos se convirtió en la forma de hacer política. Los partidos no gozaban de vigor si no disponían de poderosos Ejércitos de reserva. Los caudillos regionales solo demostraban su poder si aglutinaban alrededor suyo y con enorme rapidez, una masa dispuesta a entregar su vida, así fuera forzada, reclutada en las haciendas o construida como montonera de compadres. Los jefes de partido no podían serlo si no ostentaban el título de “generales” y, en lugar de Ejércitos Nacionales, los países andinos se encontraron con “montoneras regionales” al servicio de intereses privados y/o locales. Era más efectivo hacer política con las armas que con las elecciones y los discursos.

Quizás con la excepción de Brasil, la construcción de un Ejército Nacional, unida a la propuesta de construcción de un Estado Nacional, no surgió como herencia de las luchas por la independencia o como producto del liderazgo de un ejército que desapareció paulatinamente para dar paso a las oligarquías civiles. Surgió luego de un proceso histórico que consolidó y maduró a los Estados mismos y a sus pueblos para la construcción nacional.

En este sentido, lo importante no será interrogar acerca de la manera en que los militares ejercieron una influencia sobre los asuntos de poder del Estado Nacional o del régimen político, sino de invertir la pregunta: cómo las Fuerzas Armadas reflejaron el desarrollo y las condiciones concretas del Estado Nacional y cómo revelaron el devenir de las realidades sociales. Se recuerda, en este ámbito, la célebre fórmula de Tocqueville según la cual, sin olvidar el análisis de la institución militar en sí misma, es necesario examinar la relación entre el tipo específico de las Fuerzas Armadas y el tipo de régimen social, político y económico al cual ellas corresponden²⁰.

Finalmente, no debe olvidarse la influencia prusiana en la construcción del carácter nacional de los ejércitos del área andina. Ella reside en la conformación de un “ethos” profesional de la oficialidad que, además de la preparación para la guerra, establece el honor sacrificial y el amor privilegiado hacia el concepto “Patria”. La idea de servicio público y de sacrificio por la Patria, aparte de la lealtad y la obediencia, son virtudes que empiezan a construir el discurso de los militares como modelo de auto-representación frente a la sociedad, a principios del siglo XX.

²⁰ Cf. Alexis de Tocqueville. *De la démocratie en Amérique*. Paris: Garnier Flammarion, 1983. T. 2, p. 331.

Referencias bibliográficas

- Acosta, M. *Acción y utopía del hombre de las dificultades*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca, U.C.V., 1983.
- Arancibia, R. *La influencia del Ejército Chileno en América Latina 1900-1950*. Santiago de Chile: Centro de Estudios e Investigaciones Militares Cesim, 2002.
- Aranda, D. & Larena, J. *La colonia alemana en Chile*. Santiago: 1920.
- Atehortúa, A. *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, Universidad Javeriana Cali, 1994.
- Bonilla, H. "Perú y Bolivia", en *BE-THELL, Historia de América Latina*. Barcelona: Crítica-Grijalbo, 1997. Vol. 6, América Latina Independiente, 1820-1870. Leslie, (ed.)
- _____. *Continuidad y cambio en la organización política del Estado independiente*. En Buisson, I. (ed.), *Problemas de la formación del Estado y de la Nación en Hispanoamérica*, Cologne, 1984.
- Bullick, L. *Pouvoir militaire et société au Pérou aux XIXe et XXe siècles*. Paris: Publications de la Sorbonne, 1999, p. 30.
- Bustamante, F. *El desarrollo institucional de las Fuerzas Armadas de Colombia y Ecuador*. En VARAS, Augusto (comp). *La autonomía militar en América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad, 1988.
- _____. *Consideraciones sobre algunos factores relevantes en la profesionalización militar en cuatro países latinoamericanos*. Santiago: Documento de Trabajo Flacso, 1991.
- _____. *Revisión histórica comparativa del temprano desarrollo institucional de las Fuerzas Armadas del Ecuador y Colombia*. Documento de Trabajo. Programa Flacso Chile, No. 395, enero de 1989.
- Cademártori, J. *La economía chilena*. Santiago: s.i., 1971
- Demélas, M. et Saint-Geour, Y. *Jerusalem et Babylone. Politique et religion en Amérique du Sud. L'Équateur, XVIIIe-XIXe siècles*. Paris : Editions recherche sur les civilisations, 1989.
- _____. *L'invention politique. Bolivia, Equateur, Pérou au XIXe siècle*. Paris : Éditions recherche sur les civilisations, 1992.
- Díaz, F. *La guerra civil de 1891*. Santiago: s.i., 1942, p. 22.
- Gootenberg, P. *Caudillos y comerciantes. La formación económica del Estado Peruano. 1820-1860*. Cuzco: Centro de Estudios Regionales Andinos, 1997.
- Halperin, T. *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial, 1969.

- Herwig, H. *Sueños alemanes de un imperio en Venezuela. 1871-1914*. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana, 1991.
- Iglesias, F. Breve historia contemporánea del Brasil. México: FCE, 1994.
- Körner, E. Die historische entwicklung der chilenischen wehrkraft. Berlin: 1910.
- _____. El servicio militar moderno. Santiago: Estado Mayor General del Ejército, 1899.
- Lynch, J. América Latina, entre colonia y nación. Barcelona: Crítica, 2001.
- _____. Caudillos en Hispanoamérica. Madrid: Mapfre, 1993.
- Masur, G. Simón Bolívar. Albuquerque: Universidad de Nuevo México, 1948.
- O' Donell, G. Las Fuerzas Armadas y el Estado Autoritario en el Cono Sur de América Latina. En Lechner, Norbert. Estado y Política en América Latina. México: Siglo XXI, 1981.
- Quiroga, P. & Maldonado, C. El prusianismo en las Fuerzas Armadas chilenas. Santiago: Ediciones Documentas, 1988.
- Romero, L. A. Breve historia contemporánea de Argentina. México: F.C.E., 1994.
- Rouquie, A. L'état militaire en Amérique Latine. Paris : Seuil, 1982.
- _____. Pouvoir militaire et societe politique en Republique Argentine. Paris: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1978.
- Sarget, M. Histoire du Chili. Paris: L'Harmattan, 1996.
- Stepan, A. Brasil: *Los militares y la política*. Buenos Aires: Amorrortu, 1971.
- Thibaud, C. *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de independencia en Colombia y Venezuela*. Bogotá: Planeta, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2003.
- _____. La república es un campo de batalla en donde no se oye otra voz que la del General. El Ejército bolivariano como 'cuerpo-nación' (Venezuela y Nueva Granada, 1810-1830). En, Ortiz, Juan. Fuerzas Militares en Iberoamérica, siglos XVIII y XIX México: El Colegio de México, 2005. p. 162.
- Tirado, A. *El Estado y la política en el siglo XIX*. En: Nueva Historia de Colombia, Volumen 2, capítulo 4, Bogotá, Planeta, 1989. pp. 173 y 174.
- Tocqueville, A. *De la démocratie en Amérique*. Paris: Garnier Flammarion, 1983. T. 2, p. 331.
- Varas, A. *La autonomía militar en América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad, 1977.